

Artículos / Articles

## El deporte como arma de distracción masiva / *Sport as a weapon of mass distraction*

Jean-Marie Brohm

Universidad de Montpellier III. Francia / France  
jm.brohm@orange.fr

Fabien Ollier

Directeur Quel Sport? Editions. Francia / France  
fabien.ollier@wanadoo.fr

Recibido / Received: 18/12/2017

Aceptado / Accepted: 04/09/2018



### RESUMEN

El artículo describe, desde la perspectiva de la teoría crítica del deporte, aspectos sociales de diferentes prácticas deportivas contemporáneas como la carrera, la marcha o determinados usos del ciclismo. Se revisan algunos valores positivos atribuidos al deporte, como son su supuesto carácter integrador, pacificador o de superación personal y se critican estos planteamientos esencialistas ofreciendo una lectura en negativo de la práctica deportiva. Se critica la mercantilización del deporte, su utilización política y su papel de amortiguador de la crítica y el compromiso social. Para ilustrar las tendencias anteriores, se utilizan textos de diferentes autores en la órbita de las ciencias humanas y sociales.

**Palabras clave:** deporte, marcha, *running*, mercantilización.

### ABSTRACT

*The article describes, from the perspective of the critical theory of sport, social aspects of different contemporary sports practices such as running, walking or some types of cycling. The article first reviews supposed positive values attributed to sport, including social integration, ability to relax, and opportunities for self-improvement. These essential points of view are then analyzed, taking into account the commodification of sport, its political use and its role as a buffer of criticism and social commitment. The authors overall conclusions shed a negative light on the practice of sports. To illustrate the above trends, the text draws on arguments from different authors in the scope of human and social sciences.*

**Keywords:** sport, walking, *running*, commodification.

\*Autor para correspondencia / Corresponding author: Fabien Ollier. Quel Sport?, 60 cheminde St. Didier, 07440 Alboussière.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Brohm, J. M., Ollier, F. (2019). El deporte como arma de distracción masiva. *Revista Española de Sociología*, 28 (3), 429-443.

(Doi: <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2019.09>)

## INTRODUCCIÓN

En la actualidad, mientras que las sociedades globalizadas sufren de lleno los efectos devastadores de la crisis estructural del capitalismo (desempleo masivo, precarización del trabajo, cierres y deslocalizaciones, empobrecimiento creciente, erosión de los servicios públicos, inseguridad social, reaparición de las ideologías nacionalistas, populistas y xenófobas), jamás el deporte había vivido unos tiempos tan propicios. En el actual devenir caótico y brutal de la vida cotidiana, el deporte se presenta, por el contrario, como imagen de un mundo encantado, refugio de las ilusiones perdidas, istmo paradisíaco donde nos encanta disfrutar de la “competición saludable” y de las “rivalidades fraternales”, amparándonos en la libido gregaria de las multitudes deportivas. Hoy más que nunca, el opio deportivo se consume masivamente para olvidar los problemas cotidianos y encontrar razones para “positivizar” la desastrosa realidad.

En el espacio urbano, las instalaciones deportivas aumentan y se modernizan más rápidamente que los hospitales, los colegios o las universidades; las revistas deportivas surgen como setas después de la lluvia; los parques y bosques se transforman en itinerarios de “*training*” donde los “circuitos saludables” y la publicidad deportiva satura completamente el espacio social. No deja de aumentar la oferta de lo que podría llamarse “hiperactividad deportiva”: hordas de adeptos a la “superación personal” se lanzan sobre el asfalto, las pistas, los polideportivos municipales, corriendo, sudando, jadeando, agotándose voluntariamente en una búsqueda masoquista de la redención por el esfuerzo. La moda deportiva es hoy la de las carreras de “agotamiento físico” —*Ultra-trail*, *Ironman*, maratones o triatlones—; la moda de las concentraciones de ciclistas o patinadores que, tanto de día como de noche, surcan el asfalto como una larga fila de orugas; la moda de la marcha extrema en busca de la paz espiritual; la moda de los gimnasios modernizados como fábricas *high tech*, con *coachs* expertos en adelgazamiento y cursos de “tai-chi” dirigidos a maximizar la “autoestima”. Lo esencial es lograr “vaciar la cabeza”, alcanzar una “desaparición tranquila” (Le Breton, 2013) expresándose físicamente sin cesar.

El cuerpo deportivo se ha convertido en cuerpo agotado y extenuado durante el “tiempo libre”; un cuerpo “reventado”, “desvanecido”, “muerto”, enganchado a las endorfinas naturales y, evidentemente, incapaz de estimular cualquier tipo de pensamiento crítico. Anestesiado por el esfuerzo deportivo, el cuerpo se convierte en anestésico del espíritu. Así el tiempo de vida está enteramente consagrado al principio del rendimiento, dedicado a la competición de todos contra todos, ajustado a la optimización de resultados a cualquier precio y falsamente magnificado por el culto a los superhombres vigoréticos. El deporte participa así de una cierta infantilización absoluta de la emulación generalizada y de su consiguiente antropometría basada en la competición, en la clasificación, en la selección y en la discriminación física, algo que desde un punto de vista político no es absolutamente ni neutro ni anodino. Al contrario, con ello se logra poner a cada cual en su sitio con el fin de lograr una jerarquización maniaca que acaba mostrando que las mujeres son menos fuertes que los hombres, que los viejos corren menos rápido que los jóvenes, que los válidos saltan más alto que los inválidos, etc. De este modo, este tipo de narrativa biológica o de mitología de los mejores ha servido siempre de fundamentación de los regímenes fascistas y de las ideologías racistas. Así, Marine Le Pen no dudó en felicitar vivamente a Christophe Lemaître, el primer “*sprinter* blanco” que corrió los 100 m en menos de 10 s. ¡Y, sin embargo, se cuidó bien de felicitar al judoka Teddy Riner a pesar de haber conseguido por sexta vez el título de campeón del mundo! Recordemos que cuando Lemaître —ese analfabeto del tartán considerado como el más puro representante del “verdadero deportista francés” — pulverizó el récord de Francia (9,98 s. y, poco después, 9,92 s.) todos los medios de comunicación nacionales —con *Le Monde* a la cabeza— sucumbieron al *racismo ordinario del deporte* cuando no dejaron de insistir en el color de la piel del *sprinter*. Sin embargo, a Teddy Riner los periodistas no lo han calificado aún como el “primer judoka negro”. Parece que se diese por hecho que los negros corren más rápido que los blancos por predisposición genética, saltan como los canguros y están evidentemente dotados de un miembro viril excepcional... la vieja cantinela de la “revancha

de la raza blanca” se escuchó en aquel momento sin que nadie la contradijera. En el deporte, la plaga de los prejuicios racistas renace cotidianamente porque es la única institución que organiza mundialmente la discriminación física entre seres humanos, entre animales, entre animales y seres humanos y, pronto quizá, por qué no, entre humanos y extraterrestres...

## LA “PASIÓN TRISTE” DU CORPS SPORTIF<sup>1</sup>

Cuando las sociedades están en crisis o en depresión, tienden a explotar físicamente a los individuos y les proponen como modelos de identificación el de los deportistas que maltratan su cuerpo con la única finalidad de llevarlo más allá de sus límites, de excitarlo, a fin de “transcender” por medio de un sufrimiento masoquista. Como muestra Horace McCoy en su novela *¿Acaso no matan a los caballos?* —que sirvió de base a la película *“Danzad, Danzad, Malditos”*—, sus protagonistas Robert Syberten y Glorie Bettie, desempleados y sin dinero, se inscriben en un maratón de baile para ganar 1.000 dólares y danzar hasta la extenuación al ritmo de la infatigable orquesta. En el caso del deporte, la realidad supera la ficción. Jeannie Longo, dominadora del ciclismo femenino durante la década de 1990, condecorada con la Legión de Honor, deportista preferida de los franceses, puesta en un pedestal por los medios de comunicación y todas las organizaciones políticas, es un ejemplo ilustrativo de este modelo de agotamiento. Actualmente, a los cincuenta años, deteriorada por su adicción a las vueltas ciclistas, no ha conocido más que las dietas draconianas, las series repetitivas en los entrenamientos, el manillar como único horizonte y, muy posiblemente, el dopaje. El deporte organiza, así, la reproducción de las peores tendencias autodestructivas de las sociedades capitalistas contemporáneas.

Mientras que la sed insaciable de beneficios vampiriza a una humanidad que pierde valor de mercado suplantada por la eficacia de las máquinas, las escuderías deportivas se alían estratégicamente con las multinacionales líderes para

producir *cyborgs* del rendimiento corporal que anticipan las futuras biomercancías de la posthumanidad “mejorada” hacia la que nos dirigimos. Mientras que los Estados ceden su soberanía a los mercados, o reembolsan con dinero de los contribuyentes las deudas privadas, convertidas así en deudas públicas, o envalentonan a todos los especuladores que han transformado los mercados financieros en un vasto juego de póker, mientras que esto sucede y la debilidad de lo público aumenta, una elite directiva de la economía mafiosa de casino que dirige el deporte (especialmente el fútbol en Europa, el hockey sobre hielo en Norteamérica, el béisbol o el fútbol americano en Estados Unidos y el cricket en Asia) genera jugosos beneficios perpetuando este modo de producción deportivo en el mundo entero. Aunque algunos militantes, aún no completamente adormecidos por la resignación, siguen denunciando el embrutecimiento masivo de las conciencias por la apropiación deportiva del “tiempo de cerebro disponible”, sin embargo, esto no impide que el deporte siga funcionando como un opio del pueblo poderosamente regresivo. El deporte, se dice a menudo, es bueno para la moral y hace olvidar las preocupaciones del día a día; el deporte hace soñar, insisten más enérgicamente las mismas voces... pero también habría que decir que el deporte aleja de la política. Simplemente refuerza la alienación masiva de individuos deportivamente despolitizados, en plena “deriva onírica” controlada por los mercaderes de sueños.

Difundido, en altas dosis y sin parar, por las empresas de comunicación y las cadenas de televisión públicas y privadas, el deporte es hoy uno de los vectores privilegiados de la moda, de la publicidad y del consumo programado. Mientras que los deportistas de renombre son transformados en carteles publicitarios, que muestran las virtudes de productos alimenticios, máquinas de afeitar, champús, zumos de fruta, barras de cereales, jamones, pollos, trajes, compañías de seguros, bancos, *poker on-line* y, sobre todo, de las marcas de sus patrocinadores deportivos... mientras que esto ocurre, el deporte se hace a su vez su propia publicidad: la publicidad en el deporte pasa a convertirse en publicidad para el deporte. No es extraño que, en estos últimos años, haya sido la fuente de inspiración favorita para los discursos pomposos y

1 Sobre la noción de “pasión triste”, véase Spinoza (2011).

las declamaciones inflamadas que tejen la narrativa de la publicidad. En el campo intelectual, muchas de las obras publicadas en los últimos veinte años glorifican el culto al rendimiento, los valores deportivos, el ideal olímpico, las hazañas y récords fabulosos, las “pasiones y excitaciones” deportivas, los atletas de leyenda. Si hasta hace poco era frecuente entre los filósofos hacer el elogio de la virtud, de la sabiduría o del valor, recientemente, un profesor alemán de filosofía, pleno de sentimentalismo germánico, se ha aventurado a escribir, ajustándose a los tiempos que corren, un “elogio del deporte” y ha invitado a sus lectores a compartir su “éxtasis” ante la belleza atlética (Gumbrecht, 2006). Hoy, la sociedad capitalista contemporánea, incapaz de encontrar una fundamentación axiológica o una justificación ética a su monstruosa carrera en pos del beneficio, simplemente elabora una serie de elogios, cargados de ideología, sobre los temas más diversos y absurdos, cuya función más evidente es neutralizar el pensamiento crítico y favorecer un elogio miniaturizado de lo in-esencial, lo accesorio, lo insignificante. El elogio tiene una doble ventaja para el orden establecido: por una parte, fragmenta la vida social en parcelas disociadas, exagerando su importancia e impidiendo, por lo general, la comprensión de los vínculos profundos que subyacen entre dichas parcelas instrumentalizadas por la lógica exagerada del elogio. Por otra parte, este se inscribe dentro del pensamiento positivo, afirmativo, “constructivo”, donde hay que estar a bien en el mejor de los mundos posibles. El elogio es, por tanto, un ejercicio de aceptación e interiorización de la realidad tal cual es, un aprendizaje de la “resignación” (Marcuse, 1981). Ya que no podemos cambiar el mundo, porque no maqui-larlo, glorificarlo y hacerlo pasar como deseable o benéfico. Henri Lefebvre, en sintonía con la corriente de los situacionistas, remarcó la función de integración en el orden existente a que lleva el elogio publicitario y advirtió acertadamente que la publicidad es la retórica ideológica de la mercancía y, a la vez, es el elogio del consumo: consumo de signos y signos de consumo: “Ella es la que aporta la ‘felicidad’, es decir, la satisfacción en el consumidor. La publicidad, destinada a suscitar el consumo de bienes, se convierte ella misma en el primero de los bienes de consumo” (Lefebvre, 1968: 200).

En este sentido, recientemente, los deportes llamados tradicionales han sido considerados pasados de moda por toda una generación de defensores de lo novedoso y lo “alternativo”, que anuncian la llegada de las “nuevas prácticas deportivas”: deportes extremos, deportes urbanos, deportes de planeo y vuelo, deportes de montaña. Todas estas prácticas han acabado siendo un moderno El Dorado para los vendedores de equipamientos deportivos<sup>2</sup>. Y no solo para estos, ya que también las están aprovechando los nuevos profetas del desarrollo personal, del equilibrio psicológico, de la autorrealización y del retorno a la naturaleza. Tres de estas actividades deportivas se han difundido con particular intensidad en el marco de la crisis global del Occidente capitalista: correr, andar y pedalear. Todas ellas configuran hoy el escenario de un individualismo gregario y de una regresión mimética al cuerpo “purificado”, “desintoxicado”, limpio de toda la negatividad de la modernidad, de la civilización occidental, redimido incluso de la facultad de pensar. En número creciente, sus adeptos se entregan a estas actividades deportivas, dan la espalda a la realidad hostil actual e intentan “reencontrar sus cuerpos”, mutilados por las estructuras alienantes del trabajo repetitivo y buscan compartir la misma pasión deportiva devoradora, encontrar su alma gemela o un amigo con los mismos gustos. En poco tiempo, de meros practicantes, pasan a convertirse en propagandistas o “elogiadores” celosos de lo que no dudan en llamar un “estilo de vida” y siempre están dispuestos a condenar o excomulgar a aquellos que no se abandonan ciegamente a la comunidad “sana de cuerpo y espíritu”. En la médula de esta viscosa adhesión a estas prácticas para-deportivas o ultra-deportivas, hay una ideología del cuerpo apolítico, del cuerpo desideologizado, que, por su propio movimiento, se convierte en portador de una libertad indiscutible en una sociedad que, sin embargo, no es libre. El repliegue narcisista en el propio cuerpo, entendido como “capital corporal sano” o como “capital

2 El número incalculable de negocios como Décathlon, Go Sport o Le Vieux Campeur han creado un tejido de tiendas especializadas en la venta de bastones de marcha, mochilas, cantimploras, gorros, y toda la gama de productos para neo-boy scouts de la vida al aire libre.

bienestar” es resultado directo de la interiorización de la impotencia política para afrontar colectivamente la realidad social actual. “Como no podemos cambiar el mundo, cambiemos nuestros cuerpos”. Como consecuencia de ello, el cuerpo pasa a convertirse, en sí mismo, en la coartada para una ideología reaccionaria: “Como podemos cambiar nuestros cuerpos, para qué cambiar el mundo”.

## LA FIEBRE DE LAS CARRERAS Y LAS NUEVAS EXIGENCIAS CORPORALES

La práctica de la carrera a pie —deportivizada en mayor o menor grado— se ha convertido en estos tres últimos decenios en una verdadera convulsión. Hiperbólicamente, algunos la han considerado como un “cambio civilizatorio”<sup>3</sup>. En todas las grandes ciudades del mundo, han florecido las maratones<sup>4</sup>, las medias maratones y una amplia variedad de carreras que han invadido el espacio público. En cualquiera de ellas, una multitud de bípedos galopantes se junta cada año para competir. Allí se reúnen, entre otros: los profesionales del “*long run*” —especialmente los corredores de África Oriental (Etiopía, Kenya)—; los jóvenes directivos, que tienen que mantenerse en forma para dirigir sus empresas; los fanáticos del asfalto, que pasan su tiempo entrenando en medio de la polución urbana para mejorar sus “cronos”; los *yuppies* deprimidos o desocupados; los adictos del *fitness*, al *footing*, *jogging* o *running*; los cincuentones en busca de desintoxicación del tabaco o del alcohol; los estudiantes emprendedores de Ciencias Políticas y, sobre todo, la inmensa cohorte

de corredores de domingo que deambulan echando las tripas. Es necesario haber visto estas masas (Canetti, 1966) compactas de *lemmings* humanos corriendo mecánicamente para comprender que esta autoflagelación colectiva que protagonizan es una forma profunda de alienación y de embrutecimiento voluntario: caras demacradas, torsos escuálidos, piernas semi-anoréxicas, miradas perdidas, expectorando, jadeando, con las pantorrillas acalambradas, las plantas de los pies destrozadas por las ampollas, el torso chorreando de sudor. *Le Nouvel Observateur* (30 de agosto de 2012) dedicó un reportaje a los denominados, certeramente, “fetichistas del maratón”, allí se recogieron diversos testimonios de escritores y personalidades políticas sobre su “experiencia metafísica” (*sic*) de la carrera. El escritor japonés Haruki Murakami, autor del libro *¿De qué hablo cuando hablo de correr?* y fanático del maratón, declara: “¿Me preguntas por qué corro? Simplemente corro. Por decirlo de otra manera: corro para alcanzar el vacío”. Lo que parece significar el deseo de pasar de la metafísica del vacío al vacío metafísico. Pascal Lamy, director general de la Organización Mundial de Comercio y asiduo maratoniano, revela que para él “hay que tener en la estructura psíquica una cierta dosis de masoquismo para correr una maratón” y que “la carrera a pie es mecánica, muy estúpida. No requiere de ningún talento, ningún arte, y no está sujeta a ninguna sorpresa. Si te entrenas bien y progresas, sufrirás menos cuando corras la maratón. Ese es el tipo de precisión y rigor que a mí me gusta”. Chantal Jouanno, exministra de Deportes, abunda en este sentido: “Debo admitir que es algo casi patológico. Me puedo levantar a las seis para correr. Y cuando estoy cansada, no duermo la siesta, salgo a correr”. En resumen, el disfrute del dolor y el placer del aturdimiento.

Y cuando estos ejercicios no colman suficientemente el “dolorismo deportivo”, se multiplican ilimitadamente las distancias: los 20 km, los 100 km, los cross militares, escolares y universitarios, los cross de empresa, las carreras de orientación, los *raids* (el Gran Raid o la Diagonal de los locos, en la Isla de la Reunión), los *Trails* (el Ultra-Trail del Mont Blanc), los maratones de arena, y otros desafíos “iniciáticos” u “ordalías”, como las llamarían los sociólogos post-modernos. El Maratón

3 Una aproximación a la pretensión intelectual de los apologetas del *running* puede seguirse en el libro de Chambaz (2013). El autor se jacta de ser un profesor de historia que “ha corrido mucho tras un balón, además de haber acabado varias maratones, un Tour de Francia, un Giro, una Vuelta a España y la travesía Este-Oeste de los Estados Unidos”. Chambaz opina que el lector es un corredor: un *sprinter* cuando lee poemas y un maratoniano cuando inicia una novela larga.

4 Sobre la historia del maratón, consultar la obra de uno de sus partidarios “convencidos”: Pointu (1979). El autor fue redactor jefe de la revista *Miroir de l'athlétisme* y fan de las carreras a pie.

de las Arenas reúne desde 1986 en el desierto del Sáhara marroquí a más de 900 participantes. Consiste en recorrer 250 km divididos en seis etapas por las dunas, los montículos, las mesetas pedregosas, los cauces secos, las tormentas de arena y el calor tórrido (40-50 °C). Las etapas varían entre 20 km la más corta y 80 km la más larga. En este esfuerzo para hipomaníacos del sufrimiento, los corredores, cargados con una mochila que incluye material para dormir y alimentarse durante siete días, se transforman en clones de la infantería del Afrikakorps de Rommel o en una burda imitación de aventureros que regresan del desierto. En cuanto a los organizadores, justifican la carrera mediante su valor humano y humanitario. El director de la prueba, Patrick Bauer, habla de “epopeya humana”, de “burbuja de fraternidad entre los pueblos”. La organización proporciona a cada participante entre 10 y 12 litros de agua por etapa. Como ya se hizo antes en el Rally París-Dakar, se trabaja bien esta coartada “humanitaria” para favorecer a las poblaciones locales, aunque ellas no hayan demandado evidentemente esas caravanas de nomadismo turístico neocolonial poco respetuoso con el medioambiente y bendecidas por el ojo vigilante de su majestad el rey de Marruecos.

También en otros lugares, se multiplican y se endurecen estas pruebas para fanáticos del esfuerzo extremo, como por ejemplo la Vasaloppet en Suecia (90 km de esquí de fondo con más de 15.000 esquiadores), o los triatlones que combinan la natación, el ciclismo y la carrera sobre cuatro distancias variables: el “sprint” (750 m de natación, 20 km de ciclismo y 5 km de carrera a pie); la “corta distancia” (1.500 m de natación, 40 km de ciclismo y 10 km de carrera); la media distancia (3.000 m de natación, 80 km de ciclismo y 20 km de carrera a pie). La larga distancia (¡4.000 metros de natación, 120 km de ciclismo y 30 km de carrera!) Los triatlones están evidentemente bajo la organización de las federaciones nacionales y la Federación Internacional de Triatlón (International Triathlon Union) y dan lugar a campeonatos mundiales y pruebas en los juegos olímpicos.

Por una especie de mimetismo animal, los *joggers* y *runners* imitan (Tarde, 1993) los “modelos” de resistencia y “superación de límites” y,

sobre todo, se imitan entre ellos mismos, trotando como hamsters ajetreados por las calles, los parques, los bosques o las plazas a cualquier hora del día, como si la vida se resumiese en calcular las pulsaciones cardiacas, las distancias recorridas, la longitud del paso o el equilibrio calórico. La moda es correr con auriculares en las orejas, gorra ajustada en la cabeza, zapatillas de marca en los pies, *smartphone* en el brazo con GPS y conexión a Facebook para estar siempre localizados y compartir en tiempo real con la comunidad de “amigos” virtuales, pero manteniendo ese semblante serio característico de los devotos al *mens sana in corpore sano* y siempre apasionados con el conformismo gregario que contiene el mandato de la publicidad: “muévete”, “haz deporte por tu salud”, “elimina grasas”, “vigila tu peso”.

Entre tanto, incluso los políticos no desaprovechan para mostrar su amor al *footing* delante de las cámaras de televisión. E igual hacen los jubilados con barriga, las madres de familia en búsqueda de nuevo *look*, los sindicalistas modernizados, los directores de recursos humanos, los ex-deportistas que tienen que “hacer mantenimiento”, y, en general, toda la multitud de practicantes deportivos que quieren mejorar su rendimiento. Todos ellos escenifican el espectáculo de una comedia humana banal donde se corre para olvidar por qué se corre, víctimas de la engañosa euforia de las endorfinas biológicas e ideológicas: ¡corre y olvídate de todo, corre y desestrésate, corre y conoce tu cuerpo, corre y vuelve con más ganas a tu trabajo embrutecedor!

Algunos profesores universitarios, que ya peinan canas, cargan las tintas para justificar su nueva obsesión. Así lo hace Guillaume Le Blanc, maratoniano y profesor de Filosofía en la Universidad Michel de Montaigne Burdeos 3, autor de *Courir: meditations physiques*. En este elogio narcisista del corredor-filósofo, Le Blanc “reivindica un modo de pensar a 12 km por hora” y encadena los tópicos más superficiales tan aprisa como las zancadas de Emil Zatopek. Entre otras pedanterías, Le Blanc declara que al correr formulamos “tests de metafísica”: ponemos a prueba nuestra libertad ante el dilema permanente que plantea la carrera: “seguir corriendo o parar”. Dilema shakesperiano, en efecto... Le Blanc —que admite que la fortaleza mental del corredor “se trastorna al cabo de unos

cuantos kilómetros, cuando pensar ya no es posible por culpa de la debilidad del cuerpo”—se pregunta, muy seriamente, si el filósofo Henri Bergson fue *jogger*—: “Sin duda fue el primer *jogger* filósofo, afirma, ya que supo correr a través de los diferentes estados de la movilidad y ganarse sus galones como filósofo maratoniano”. Ante tal nivel de metáfora colorista, no se puede por menos que recomendar a Le Blanc que no filosofe mientras corre. Pero su adicción es más fuerte que cualquier otra cosa: “Ser adicto (al cuerpo corredor) es descubrirse vivo, irreductiblemente vivo”. Correr es, además, un modo de descubrir el amor en todas sus formas: amor propio, por parejas o en grupo, pues según él: “¿Qué es correr con más gente sino una manera de hacer el amor?” se pregunta con embeleso. Más aún, la carrera disuelve las dicotomías de género: ni hombre ni mujer, el “sexo de la carrera” reside en un “devenir transgénero de la manada”. O, para acabar estos argumentos, cuando Le Blanc concluye simplemente afirmando que correr es: “la pasión de la simpleza”, donde reside una “intensidad vital sin igual (*sic*)” en la que el corredor busca crear para sí su “pequeño mundo, estrecho, incluso, escaso” (Le Blanc, 2012: 25, 69, 24, 74, 77, 145, 159 y 198).

Étienne Klein, el excelente físico y filósofo de la ciencia, ha sucumbido también a la moda de la filo-realidad exhibicionista al relatar a sus lectores de *Philosophie Magazine* sus sensaciones físicas y mentales tras participar en el Ultra-Trail del Mont Blanc (168 km y 9.600 m de desnivel). Klein acude a Spinoza y Deleuze para justificar, un tanto forzosamente, esta forma extrema de compromiso físico en virtud del hecho de que “nadie sabe hasta dónde puede llegar su cuerpo”. Descartes es también citado por Klein para justificar que “exponer el cuerpo a la práctica del ultra-fondo permite ignorar los mensajes de dolor que manda el cuerpo histérico y puede uno mostrarse durante más tiempo ajeno a estas lamentaciones. Esto no es masoquismo, prosigue Klein, sino una postura estética (¿o quizá ética?): se trata, en todo caso, de mantener la apariencia de uno mismo tal y como uno se imagina a sí mismo”. Según Klein, aceptando lo anterior, el cuerpo puede prolongar su aguante trotando, siempre que uno esté “calzado con unas buenas zapatillas, lleno de azúcares de absorción lenta e

impulsado por un alma vivaz”. Esta es la singular lección de física que reduce el cuerpo a un depósito bípodo de glucosa (Klein, 2012).

## LA MARCHA, ENTRE EL DEPORTE Y LA IDEOLOGÍA DE LA LIBERTAD

Por su parte, otra práctica deportiva, la marcha, más o menos deportivizada (no el simple paseo, la excursión o el caminar), ha conocido igualmente en los últimos años un crecimiento sin precedentes. Como las interminables colonias de hormigas que colonizan las cepas de los árboles, los marchadores se lanzan a la ruta movidos por una obsesión secreta: hacer marcha es bueno para la salud y para la moral. Y hay que hacerlo el mayor tiempo posible, al mayor ritmo posible y llegando lo más lejos posible conforme a la lógica típicamente deportiva del desafío y de la superación de los propios límites. Las diferentes variantes de caminatas pedestres (se estima en 15 millones los franceses que practican la marcha) incluyen la marcha nórdica (*nordic walking*), el *trekking* o las marchas de peregrinaje (a Chartres o a Santiago de Compostela) (Rufin, 2013)<sup>5</sup>. La marcha es una actividad que convoca a grupos de afines, a masas de peregrinos, muchedumbres solitarias, escuadrones de resistencia física y otros adeptos “cautivados” por estilos de vida alternativos “zen”, “eco”, “*New Age*”. Además de todas estas modalidades, se inventan regularmente nuevas formas de marcha, como por ejemplo el “*Masaï Walking*”, que se inspira en los guerreros masaï que caminan descalzos sobre la arena y que se recomienda practicar en las playas. Igualmente, encontramos la marcha versión “*chi*”, establecida según los principios del “*qi gong*” o la “marcha afgana”, que supuestamente sincroniza la marcha con la respiración. Todos estos tipos de marcha han sido ensalzados por diferentes gurús y *coachs* que ofertan sus manuales en las librerías y cobran convenientemente por sus servicios.

5 Véase la crónica del viaje de Jean-Christophe Rufin (2013). En el libro, el académico describe minuciosamente su aprendizaje “del vacío que conduce a la plenitud” en un estilo cercano a la *Guide du Routard*.

La variedad de formas de marcha es inacabable: sobre el asfalto, en los senderos forestales, en los caminos de Grandes Rutas (GR), en los circuitos de *fitness* balizados. Hay que resaltar que los grupos de *walkers* comparten la misma filosofía que los corredores extremos del *Ultra-Trail*, todos se presentan como batallones ejemplarizantes de la salud y de la vida sana y se organizan en federaciones (como la Federación Francesa de *nordic walking*). Estas prácticas, con un origen “alternativo”, se institucionalizan muy rápidamente y son absorbidas por el mercado. En esta línea, es muy sintomático el *coming out* de numerosos profesores universitarios que confiesan —a veces con candidez y otras con orgullo— su entusiasmo hacia esta pasión marchadora que supuestamente nos hace libres y virtuosos. Al mismo tiempo que esta manía deambulatoria se va propagando entre la pequeña burguesía urbana, asistimos a la eclosión de toda una serie de “elogios” sobre la marcha que encajan a la perfección con los elogios que hemos visto en páginas anteriores sobre el cuerpo, sus “prácticas” y sus “espacios”<sup>6</sup>. El antropólogo David Le Breton, por ejemplo, nos recuerda que los paleo-antropólogos defienden que la hominización de nuestros ancestros primates se debió a la verticalización, que permitió la marcha bípeda y favoreció la liberación de la mano y de la visión. Sobre estas sólidas bases, Le Breton se aventura en una exaltación muy postmoderna o maffesoliana del “júbilo sensorial” de la marcha; de cómo “propicia el desarrollo de una filosofía elemental de la existencia” favorable al silencio, a la suspensión del tiempo, a la serenidad, a la paz, a la belleza. Dado que es un “placer sencillo y poco costoso”, la marcha, como otras instituciones de diversión, de evasión, de distracción, permite a los individuos “la plenitud que parece cada vez más difícil de lograr en las sociedades modernas” (Le Breton, 2000). Le Breton insiste en el elogio de la lentitud y la felicidad tranquila del paseante convencido de que la felicidad se encuentra en el prado o en Katmandú (Le Breton, 2017).

Otro profesor universitario, Frédéric Gros, también propenso al viaje “*mood* existencial” y

al “*move* montañero” no duda en presentarnos la marcha como una “filosofía”. Y aunque no llega tan lejos como para afirmar que practicar la marcha es filosofar, se acerca mucho. Gros, profesor de la Universidad París-Est Creteil, convoca en su libro a diferentes pensadores proclives a “gastar suela” y se entrega a la *doxa* del *walking*, no sin talento, de la mano de escritores y filósofos que le acompañan en su periplo pedestre (Gros, 2011). Lo más sorprendente de sus opiniones, tratándose de un filósofo, es su elogio al tipo de beneficios que supuestamente aporta la práctica de la marcha: “Sirve para aliviar la carga de las penas y olvidar por un tiempo tus problemas. Te permite dejar de llevar auestas la presión de la oficina: salir, pasear, pensar en otra cosa. Con una caminata larga de varios días, se acentúa el proceso de ausentarse de todo, escapamos de las restricciones del trabajo, nos liberamos de la camisa de fuerza de nuestras costumbres [...]. En la marcha, la libertad se concreta en un bocado de pan, un trago de agua fresca, un paisaje abierto” (Gros, 2011b: 11). Esta filosofía del dejarse ir, del alejarse, del desapego e incluso de la renuncia —tan propia de la perspectiva de la filosofía hindú—, resulta algo patéticamente mistificador, un espejismo en el que solo en apariencia podemos “sentirnos libres y sentir que nuestra realidad, un tanto infernal —nombre, edad, profesión, carrera—, se torna en algo total y absolutamente insignificante, minúsculo, ficticio” (*ibid.*, p. 19). El deseo de este filósofo andarín, que propone “regresar a nuestros gozos más simples”, que ensalza la aspiración a escapar “de la idea misma de identidad, de la tentación de ser alguien, de tener un nombre y una historia”, que encumbra la fantasía de “no ser persona, porque el cuerpo que hace marcha no tiene historia” (*ibid.*, pp. 15-17), estos deseos no son sino una huida de la realidad, una invitación a no pensar. Cuando nuestro trotamundos acaba la marcha, y no le queda más remedio que volver al redil, entonces ha de ocuparse de su carrera, de su promoción profesional, de lidiar con los conflictos de la oficina, de gestionar como pueda su edad y su sexualidad, de pagar alquiler e impuestos, de ocuparse del colegio de sus hijos o de pasar la pensión alimenticia a su ex-esposa. Esta filosofía de agua de rosas de los partidarios del decrecimiento del pensamiento,

6 Véanse las sustanciosas elucubraciones de Bernard Andrieu (2011), que se denomina a sí mismo “epistemólogo del cuerpo” (*sic*).



esta poética autodidacta de la marcha, que ve en ella una experiencia para sentirse libre, relajado, solitario y soñador, corresponde más bien al estilo de vida pretendidamente ecologista de una generación actual de profesionales altamente cualificados, descendientes de los *yuppies*, que sueñan con soltar amarras, abrir camino y exiliarse en la profundidad del bosque o en un lago aislado, sumergiéndose en la eternidad de la naturaleza, todo ello sin perjuicio de poder regresar a su *loft* parisino o a su chalé de fin de semana en los Pirineos. Frente a estos, al menos algunos de los viejos sesentayochistas, refugiados en el campo para criar cabras y disfrutar la vida sana, tienen el mérito de haber participado en las protestas con estudiantes y obreros en el Mayo 68. Cuando marchaban sobre los adoquines de París era para enfrentarse a la policía y no, como ocurre hoy, para “dar un paseo”. Aquel “rechazo de una civilización alienante, contaminada y sórdida” no tenía nada que ver con la actual pose ventajista de los estetas de la marcha<sup>7</sup>, sino más bien con un compromiso político real. Los tiempos han cambiado, en efecto.

## LA BICICLETA COMO ESTILO DE VIDA DEPORTIVO

La última de las prácticas, junto a la carrera y la marcha, de esta triunfante trilogía de “recuperación del cuerpo”, es la bicicleta o el arte de pedalear. Sobre este tema también nos encontramos con un *rush* creciente de edificantes publicaciones que consideran que la bicicleta forma parte del estilo de vida del futuro<sup>8</sup>: el trasero pegado al sillín de la felicidad; las zapatillas sujetas sobre los pedales de la “libertad”, la nariz sumergida en el manillar, los adeptos del pedaleo disfrutaban cabalgando sobre su montura mecánica con el

mismo grado de convicción ideológica que los vegetarianos comen sus pequeños granos de cereales en el desayuno. Por un efecto *boomerang*, o como nueva moda urbana, las grandes ciudades tienden hoy en día a promover la bicicleta como medio de desplazamiento alternativo y solución “ecológica” a la contaminación y a la huella de carbono. En Francia, con cierto retraso respecto a los países de Europa del Norte y Alemania, se han instalado estaciones de bicicletas públicas en muchas ciudades, principalmente en París y su corona metropolitana, donde abundan las “Vélib”, instrumento de propaganda ideológica del ayuntamiento socialista. Mientras que los transportes públicos en la región parisina (metro, bus, RER) sufren hoy en día un deficiente mantenimiento, y una creciente suciedad, inseguridad y alto coste, los partidarios de la “ciclo-revolución urbana” organizan pseudo-soluciones para reemplazarlos. Pero ¿quién puede creer por un instante que los cientos de miles de asalariados cuyos desplazamientos al trabajo llegan a superar las dos horas en transporte público puedan encontrar una solución en la “Velib”? ¿quién puede creer que las personas mayores, los minusválidos o los más débiles serán capaces de poder usar esos ingenios pesados, incómodos y peligrosos?, por no hablar del mal tiempo y el hielo. Se tiene que tener el espíritu austero de un socialista o de un ecologista sectario para imaginar que la solución a los problemas colectivos puede conseguirse mediante soluciones individuales. La cuestión no consiste en poner bicicletas a disposición del público, sino en favorecer la calidad y la fiabilidad del transporte en común. Ya en la década de 1970, el grupo *trostkista* “Lucha Obrera” inventó un slogan muy elocuente: “No se nos transporta, somos conducidos...”. Hoy en día, seguimos siendo conducidos sin que se nos transporte y se intenta imponer, por razones ideológicas, un modo de desplazamiento normalizado en el espacio urbano. Por añadidura, aunque los servicios del Ayuntamiento de París procuran cuidadosamente minimizar los riesgos de este dispositivo ciclista, especialmente concebido para los jóvenes favorecidos del centro de París, los accidentes graves son una tendencia en alza. También entre los peatones, víctimas de colisiones con las bicicletas que no respetan el sentido de la vía o usan la acera como carril-bici. Es difícil armonizar modos de

7 Entre los numerosos opúsculos consagrados a la marcha, que desarrollan un enfoque ideológico similar, pueden consultarse: Christophe Lamoure (2007); Barozzi (2008); Solnit (2004); Paccalet (2000); Fisset (2010); Thomas (2010).

8 Véanse principalmente Frederic Vitoux (2007); Fottorino (2007); Deprez (2007); Bertho-Lavenir (2011); Tronchet (2000) —todo un programa que parte de la idea de que la bici es “un instrumento liberador del pensamiento” —.

transporte urbanos incompatibles entre sí. Pese a ello, los ideólogos del pedaleo continúan imponiendo su visión dogmática de la “bicicletización” del mundo (Auge, 2010). Así el antropólogo Marc Augé —que no tiene miedo al ridículo cuando proclama en su libro que el “ciclismo es un humanismo” (*ibid.*, p. 91)—, se recrea escribiendo largo y tendido sobre sus recuerdos de adolescencia y su mitología personal ciclista<sup>9</sup>, en particular del Tour de Francia. Idealizando el paraíso perdido del ciclismo de antaño, Augé deplora la actual generalización del dopaje en el ciclismo como una “perversión del heroísmo deportivo” que “transforma a los corredores en instrumentos pasivos de estrategias comerciales” (*ibid.*, p. 47). Recordando con nostalgia los grandes nombres del pasado (Coppi, Bartali, Bobet, Geminiani, Darrigade, Magni, Anquetil...) Augé no solo mistifica la “libertad” que supuestamente trae la bicicleta, “gracias a que permite el descubrimiento de uno mismo y de los otros”, sino que también idealiza el mito del Tour de Francia<sup>10</sup>: “Es natural pensar en la *Ilíada* o la *Odisea* cuando se rememora el Tour de France —apunta Augé rozando la levitación— pero más en la *Ilíada* ya que son los combates cotidianos de los héroes los que atraen nuestra atención” (*ibid.*, p. 24).

Hoy en día, la épica de la bicicleta se prolonga a través de otros mitos como dar la vuelta al mundo<sup>11</sup>, explorar “libremente” la naturaleza, aventurarse en la carretera o recuperar el espíritu de convivencia de los peregrinos —que han encontrado, como hemos visto, trovadores dispuestos a hacerles su panegírico—. En el mundo de la bicicleta, nos encontramos también con el grupo de fervientes y celosos adeptos como los empedernidos ciclistas

de montaña que se trabajan salvajemente los senderos pretendiendo defender el medio ambiente, o los docentes cicloturistas adictos a las compras al por mayor, o los pedaleadores de la tercera edad<sup>12</sup>, o los ciclo-campistas nómadas que, como los caracoles, llevan su pequeña cabaña sobre la espalda o los enamorados del tándem, o los pelotones de ciclistas amateurs, equipados como los esforzados de la ruta, que escalan los puertos a pleno sol; o las tropas de ciclo-revolucionarios de buena familia que desfilan en grupos numerosos ciertas tardes por París, muchas veces acompañados por sus hermanos los patinadores, para proclamar que una nueva era está llegando...

## EL DEPORTE COMO NUEVO TÓPICO: OBSERVACIONES CONCLUSIVAS Y CUESTIONES ABIERTAS

Para muchos de nuestros contemporáneos, el deporte se ha convertido en el símbolo de la “actitud positiva”, el conjuro mágico del desarrollo personal y la vida plena, una diversión apacible fuera de toda sospecha, un “bien común”. Burbuja de emociones puras para algunos, pasión universal apolítica para otros, sueño real a tamaño natural para evadirse de lo ordinario y desestresarse, el deporte es también considerado como refugio de valores positivos indiscutibles y el esperanto del progreso humano. Tanto los espectadores como los propios deportistas lo consideran como un entretenimiento respetable, tan imprescindible para su bienestar personal cotidiano como lo es para la solidaridad, la unidad y la cohesión social. Una vida sin deporte, sin “movimiento deportivo” que pueda mantener ocupada a la juventud, divertir a los trabajadores, volver di-

9 *Ibid.*, p. 9. “No puede hacerse un elogio de la bicicleta sin hablar de uno mismo. La bicicleta forma parte de la historia personal de cada uno de nosotros”. Augé, como otros tantos “elogiadores”, cautivo en su narcisismo autobiográfico se transforma en etnólogo de sí mismo; mi primer pedaleo, mis primeras emociones (la exaltación de la cuesta abajo sin frenar), mis primeras escapadas gracias a la “autonomía velocipédica” (p. 30), “mi cuerpo a cuerpo conmigo mismo”.

10 Sobre el Tour de Francia hay numerosas obras que glorifican el mito y sus leyendas. Véanse principalmente: Blodin (2001); Olivier (2006); Londres (2008); Lapeyrière (2006).

11 Véase, por ejemplo, Poussin y Tesson (1996).

12 “La bicicleta es también componente de la vida social de la tercera edad en las provincias francesas. La camaradería de los viejos tiempos entre jubilados es algo amable y heroico (*sic*) pues se proclama contra el envejecimiento y la muerte. Es una ocasión para la solidaridad entre las generaciones y los grupos de ciclistas de ambos sexos, de modo que los de menor edad pueden servir de mentores discretos, sin que estos hagan sentir a los compañeros mayores su superioridad muscular” (Augé, 2010: 44)... la etnología deviene así discurso caritativo...

námica a la tercera edad, beneficiar a los discapacitados, dar moral a los desempleados, relanzar la economía, unir a todas las clases sociales resulta hoy tan imposible como un mundo sin petróleo. Un consenso indestructible, transpolítico, transgénero, transgeneracional, más allá de las clases sociales, ha surgido en estas últimas décadas de forma paulatina para difundir por medio de los aparatos de Estado y las redes de la industria cultural la idea de que el deporte está al servicio del ser humano, de su salud, de su integridad psíquica, su alegría, su ocio creativo, su sociabilidad, su disciplina y su moralidad. Estas ideas se mantenían ya desde los años sesenta y unían a autores gaullistas (como Maurice Herzog), petainistas (como Jean Borotra) o socialistas (como Joffre Dumazedier).

Este espíritu mancomunador de ideologías de la “*commission de la doctrine*” se ha implantado como el estribillo de los anuncios publicitarios en el campo de las ideas preconcebidas: “El deporte es, en verdad, un lenguaje pacífico y universal que debe permitir al hombre la medida, el autoconocimiento y el respeto más allá de razas e ideologías. Su vocación internacional es promover la amistad entre los pueblos y favorecer la paz en el mundo” (Haut-Comité des Sports, 1966)<sup>13</sup>. No queda lugar a dudas, el deporte lleva la libertad a los hombres del mundo entero, “los une sin enfrentarlos y les hace compartir las mismas emociones”, todos los pueblos quedan fusionados a su vez por la dignidad de ganar. Como el presidente de la FIFA, Sepp Blatter, declaró: “Incluso en periodos de grave crisis social, el fútbol es más fuerte que la insatisfacción de la gente” y “los problemas sociales dan una tregua para dejar sitio a un acontecimiento deportivo extraordinario”<sup>14</sup>. El deporte sería, en

definitiva “mucho más que deporte” —el Tour de Francia, “mucho más” que el dopaje: “Una pasión por el paisaje”—<sup>15</sup>. Los Juegos Olímpicos, “mucho más” que pueblos endeudados y trabajadores esclavizados: la magia de los récords<sup>16</sup>. El fútbol, “mucho más” que una máquina de hacer dinero: el arte de los goles acrobáticos<sup>17</sup>. El balonmano “mucho más” que apuestas trucadas: un “medio de educación para los jóvenes”<sup>18</sup>, por usar este eslogan hueco ampliamente utilizado por quienes

---

días, más de un millón de personas se manifestaron en las grandes ciudades de Brasil para protestar contra el alza del coste de la vida ocasionado por el derroche de dinero público y por la corrupción masiva ligada a la preparación de los Juegos Olímpicos de 2016 y al Mundial de fútbol en 2014.

13 Documento elaborado por diversos expertos de derecha (Coronel Crespín), de izquierda (Joffre Dumazedier), sociólogos (Michel Bouet) y una variedad de periodistas deportivos (Jacques Goddet, Raymond Marcillac). La “*commission de la doctrine*” fue presidida por Jean Borotra, comisario general de Educación y Deportes entre julio de 1940 y abril de 1942 en los gobiernos del régimen de Petain. Un sublime palmarés deportivo...

14 Declaraciones de Sepp Blatter (ex presidente de la Federación Internacional de Fútbol) realizadas en julio de 2013 durante la Copa de Confederaciones ganada por la selección brasileña de fútbol. En esos mismos

15 Como tantos otros intelectuales convertidos en fervientes apasionados del deporte, Gilles Fumey, profesor de Geografía en la Sorbona, se une al grupo de profesionales de la cortina de humo a base de trivialidades. Explica que el Tour de Francia “es una lección de geografía [...] una pasión paisajística. Un viaje que transcurre en el dormitorio, donde los franceses se plantan delante del televisor y se deleitan con esos momentos de geografía en las tardes de julio. Ciertamente, una parte de entre ellos ha desaprobado los vínculos incestuosos entre dinero y deporte que han conducido al dopaje. Sin embargo, globalmente, la fiesta permanece. Los franceses se divierten en julio y se aburren en agosto [...] Una Francia sin Tour no sería Francia [*sic*]” (Fumey, 2013: 10-11).

16 Véase Andreff y Nys (2002), entre otros muchos economistas del deporte que fingen descubrir la desregulación de los mercados deportivos o el esclavismo de los trabajadores, pero no lo estudian seriamente animados por la pasión y el espectáculo deportivo que estos proporcionan.

17 Sobre este tema, véase el reportaje de France 2, *Cash investigation. Football Business: enquête sur une omerta*, que fue difundido el 11 de septiembre de 2013. Este reportaje prueba lo que la Teoría Crítica del deporte viene explicando los últimos cuarenta años: el fútbol es una formidable maquinaria financiera dentro del capitalismo, donde inversores sin escrúpulos, patrocinadores rapaces, agentes corruptos, mafias locales y federaciones cómplices tratan a los jugadores, incluso niños de seis o siete años, como vulgares mercancías rentables.

18 A pesar de que algunos jugadores de la selección francesa de balonmano han sido encausados por apuestas ilegales (Nikola Karabatic y Samuel Honrubia), su entrenador, Claude Onesta, y otros políticos, incluidos algunos de izquierda, estiman que los “Experts”, tal y

niegan estas oscuras realidades del deporte y le atribuyen una supuesta importancia trascendental. Esta cínica afirmación de una importancia trascendental del deporte, de su irrefutable “buen sentido popular”, desmiente todos los horrores deportivos mencionados anteriormente y los tacha de propaganda deformada de algunas ideologías que odian los valores intrínsecos del deporte. François Hollande desea que los franceses creen firmemente en este tipo de fábula: “El deporte, afirma con énfasis, atesora tres virtudes principales para una sociedad: primero, permite la cohesión social. Cohesión entre personas que no se conocían previamente a cualquier encuentro sobre una cancha o un estadio. Cohesión entre territorios. Cohesión entre grupos sociales. Cohesión entre colectivos que podrían tener intereses diferentes. El deporte une y da a la juventud esperanza y posibilidades de realizarse. Hablar de deporte es hablar de los jóvenes y de la confianza que la sociedad tiene puesta en ellos. El deporte aumenta la calidad de vida, la salud, el conocimiento de uno mismo, la plenitud corporal, la realización personal. Todo ello al servicio de la dignidad colectiva” (Hollande, 2012).

El deporte produciría como por arte de magia el milagro del “vivir juntos” y de la “autoestima”. De modo que a la pregunta “¿cuál es el acontecimiento que hace vibrar con la misma intensidad a un colegial catari, a un estudiante chino, a un joven africano y a uno europeo?”, una abrumadora mayoría respondería, con independencia de las diferencias ideológicas, como hizo Nicolás Sarkozy: “Es el deporte”<sup>19</sup>.

Aunque desde esta otra perspectiva sarkozysta, para gozar intensamente del deporte haría falta convertirse previamente en creyente de la vieja mística de la lucha de todos contra todos o de la ontología política de la agresividad natural y del triunfo del más fuerte. Así, sería más sencillo compartir con el *ex-jogger* del Palacio del Elíseo la idea de que (dicho sea de paso, fan de la “poción

mágica” de Lance Armstrong): “Estamos en un mundo de competición, es un hecho. Nadie puede rechazar esta competición. No hay elección. Ni para mi país, Francia, ni para ningún otro. No hay que luchar contra la competición, simplemente hay que controlarla. Así pues, el deporte nos muestra el camino (*sic*), la competición es una invitación a superarse y un motor de progreso siempre que se tengan unas reglas de juego claras que garanticen su equidad”<sup>20</sup>... como lo fue la financiación de la campaña electoral de su partido UMP, clara como el agua. O como lo fue el control de dopaje de las “pociones mágicas” de Lance Armstrong<sup>21</sup> que tanto trivializó Sarkozy.

El éxito de la propaganda deportiva —propaganda permanente de integración y de consentimiento—<sup>22</sup> es total: el deporte se convierte en una especie de patrimonio mundial de la humanidad que ha de ser venerado y protegido de cualquier daño con todas nuestras energías. La Unesco y sus afamados embajadores deportistas (Pelé, Bubka, Douillet, Schumacher, etc., todos acostumbrados a vender su talento al mejor postor...) han hecho a menudo del deporte un elemento para “construir la paz en el espíritu de los hombres y de las mujeres”. El geo-estratega mediático Pascal Boniface, embajador extra oficial de la FIFA, del Comité Olímpico Internacional (COI) y del Comité National

20 AFP, 11 de diciembre de 2012.

21 Lance Armstrong, culpable confeso de haber organizado un sistema mafioso de dopaje durante prácticamente toda su carrera, se habría beneficiado de la complicidad y la condescendencia de algunos altos cargos políticos y de los mandatarios del mundo del ciclismo durante aquellos años. Entre los nombres citados por *Le Nouvel Observateur* en un reportaje de investigación se encuentra el de Nicolas Sarkozy, quien decidió cesar en 2010 a Pierre Bordry, antiguo jefe de la Agencia francesa de lucha contra el dopaje (AFLD), favoreciendo una petición expresa de Armstrong. Bordry habría comunicado a Sarkozy sus sospechas sobre Armstrong en una reunión en el Palacio del Elíseo en octubre de 2009. El presidente de la República le habría replicado: “Incluso Astérix tomaba la poción mágica”. Véase Cabarrus (2012).

22 Sobre la distinción importante entre propaganda de agitación y propaganda de integración, véase Ellul (2008). La propaganda de integración persigue la adhesión total del ser a los dogmas y comportamientos de la sociedad (deportivizada).

como es llamada la selección en la prensa deportiva, dan una “imagen educativa” del deporte de alto nivel.  
19 Este fue el contenido principal del discurso de Nicolas Sarkozy en el Doha Goals, un foro internacional sobre los retos económicos del deporte, organizado por el empresario y hombre de negocios Richard Attias.

Olympique et Sportif Français (CNOSF)<sup>23</sup>, legítima con mucha frecuencia este programa mistificador, pretendiendo que la institución olímpica “es una organización no gubernamental sin ánimo de lucro, o una ONG, al igual que Amnistía Internacional o Médicos sin fronteras” (Boniface, 2012: 19). Ahora bien, considerar que el COI y sus multimillonarios socios comerciales son organismos sin ánimo de lucro es como comparar a Total, Shell, Areva, Monsanto, y otras multinacionales predatoras, con una obra de caridad. Igualmente, equiparar Amnistía Internacional con el COI —cuyos presidentes (Brundage, conocido reaccionario, Samaranch, franquista probado) no dudaron nunca en colaborar con los regímenes totalitarios fascistas o estalinistas—, es un insulto a las asociaciones de defensa de los derechos humanos. Pero Boniface no se detiene ante nada para sacralizar el enfrentamiento deportivo que él ha calificado como “pacífico y simbólico” (*ibid.*, p. 28), esto a pesar de las oleadas de violencia habitual dentro o en los alrededores de los estadios. Aún lleva más lejos la confusión cuando mantiene que “el COI es un aliado de la ONU porque, sin pretender sustituirla en sus funciones, logra, por ejemplo, que coexistan China y Taiwan o Israel y Palestina, algo que no logra hacer la propia ONU” (Dher, 2012).

Este tipo de argumento infantil, que mezcla todo, repite devotamente la propaganda fabricada por las burocracias deportivas sin tener en cuenta las guerras deportivas reales y se convierte, de esa forma, en el “complemento solemne de justificación” (Marx), la mejor *cobertura ideológica* para la mundialización frenética de la religión del deporte-espectáculo de competición con sus “comuniones

mágicas” (Bourdieu) y sus “satisfacciones imaginarias comunes” (Fromm, 1975: 27). Boniface lo pregona, además, alto y fuerte: “Asumo plenamente la regresión a la infancia que me invade al inicio de la competición (Copa del Mundo de fútbol). De pronto me siento con el estado de ánimo de un niño de diez años y me siento muy feliz” (Boniface, 2013: 14).

Todos estos procedimientos, utilizados con mayor o menor conciencia por los ideólogos del deporte, se acoplan para dar forma final a un principio de unificación, una ideología de base capaz de movilizar a las masas bajo un mismo espíritu comunitario.

¿Quiénes son los artesanos de esta mistificación integradora? ¿Quiénes son los “perros de guardia” (Nizan, 1998)<sup>24</sup>, los criados o los “cortesianos”<sup>25</sup>? ¿Qué ideologías mantienen, qué visión del mundo, qué imaginario social? ¿Qué efectos causan sus opiniones sedantes, repetidas *ad nauseam*, sobre la realidad objetiva del deporte contemporáneo? ¿Cómo vehiculan la jerga cómplice<sup>26</sup> en el seno del Leviatán de las mayorías silenciosas —o ruidosas— de la exaltación deportiva? Este es el objetivo que hemos perseguido en nuestra investigación: analizar la ideología deportiva a partir de los textos de los numerosos adeptos al opio deportivo, oficiantes de un pensamiento dominante *prêt a porter* en el ámbito del deporte. Como Marx y Engels (1974) lo entendieron, el pensamiento dominante no es otra cosa que la expresión ideológica de las relaciones materiales dominantes, son dichas relaciones, expresadas en forma de ideas, las que convierten a una clase en dominante; dicho de otra manera, son las ideas de su dominación. Las personas a las que aludimos en nuestra crítica no nos interesan de manera individual, sino porque repre-

23 Véase el diálogo complaciente que Boniface realiza con el presidente del Comité Olímpico Internacional y deportivo francés, Denis Masegla (Boniface y Masegla, 2013). Masegla burócrata acostumbrado a los rodeos, que se cree representativo de los deportistas franceses, cuando fue elegido solo por 28 de los 45 miembros del consejo de administración de CNOSF y afirma sin que su compadre Boniface le lleve la contraria que: “No debemos avergonzarnos de ser el país de Pierre de Coubertin, podemos y debemos sentirnos orgullosos” (p. 167). Gran análisis de las ideas del barón reaccionario, colonialista, sexista y admirador de los Juegos de Hitler.

24 “Es hora de decir que hay una filosofía de los oprimidos y una filosofía de los oprimidos, no tienen ningún parecido real, aunque las llamemos filosofía a ambas” (Nizan, 1998: 57).

25 “Un perfecto cortesano es sin discusión el más sorprendente de los seres humanos. La verdadera abnegación no es la de los devotos hacia Dios, sino la del cortesano hacia su maestro: ¡su sola presencia, lo anula!” (Holbach, 2010: 15).

26 Esa ideología que según Theodor W. Adorno (1989: 96) “se desliza en el lenguaje a raíz de cambios sociales y antropológicos mayores”.

sentan “guardianes y guías” —según la expresión de Marx— del mercado ideológico. Y añade: “Las máscaras diversas con las que se disfrazan para ajustarse a las circunstancias son la personificación de las representaciones económicas” (Marx, 1975: 96). Además son la personificación de sus posiciones sociales y de su estatus institucional.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Th. W. (1989). *Jargon de l'authenticité. De l'idéologie allemande*. Paris: Payot.
- Andreff, W., Nys, J.-F. (2002). *Économie du Sport*. Paris: PUF.
- Andrieu, B. (2011). *Un goût de terre, vers une cosmose sensation. Plein soleil, vers l'énergie; Bien dans l'eau, vers l'immersion; Prendre l'air, vers l'écologie corporelle* (4 vols.). Biarritz: Atlantique.
- Augé, M. (2010). *Éloge de la Bicyclette*. Paris: Payot et Rivages.
- Barozzi, J. (2008). *Le Goût de la marche*. Paris: Mercure de France.
- Bertho-Lavenir, C. (2011). *Voyages à vélo du vélocipède au Vélib*. Paris: Paris Bibliothèques.
- Blodin, A. (2001). *Tours de France. Chronique intégrales de L'Équipe*. Paris: La Table Ronde.
- Boniface, P. (2012). *JO politiques*. Paris: Jean-Claude Gawsewitch éd.
- Boniface, P. (2013). *Sport et géopolitique. Une décennie de chroniques*. Paris: Éditions du Cygne.
- Boniface, P., Masegaglia, D. (2013). *Le sport, c'est bien plus que du sport!* Paris: Jean-Claude Gawsewitch éditeur.
- Canetti, E. (1966). *Masse et Puissance*. Paris: Gallimard.
- Chambaz, B. (2013). *La petite bibliothèque du coureur*. Paris: Flammarion.
- De Cabarrus, Th. (2012). *Nicolas Sarkozy a-t-il protégé le coureur américain?*
- Deprez, P.-L. (2007). *Petits Cycles du bonheur*. Paris: Arléa.
- Dhers, G. (2012). *Interview Pascal Boniface, Le CIO est un allié des Nations Unies. Liberation.fr*. 26 de julio de 2012.
- Didier Tronchet (2000). *Petit Traité de Velosophie. Le monde vue de ma selle*. Paris: Plon.
- Ellul, J. (2008). *Propagandes*. Paris: ed. Économica.
- Fisset, E. (2010). *L'ivresse de la marche. Petit manifeste en faveur du voyage à pied*. Paris: Transboréal.
- Fottorino, E. (2007). *Petit Éloge de la bicyclette*. Paris: Gallimard.
- Fromm, E. (1975). *Le dogma du Christ*. Bruxelles: Complexe.
- Fumey, G. (2013). *Une passion paysagiste. Valeurs mutualistes*, 285, julio/agosto.
- Gros, F. (2011a). *Petite Bibliothèque du marcheur*. Paris: Flammarion.
- Gros, F. (2011b). *Marcher, une philosophie*. Paris: Flammarion.
- Gumbrecht, H. U. (2006). *Éloge du sport*. Paris: Maeren Sell.
- Haut-Comité des Sports (1966). *Essai de doctrine du sport. Une étude de doctrine du sport. Revue EP&S*, 78, Janvier 1966 (en línea) [http://www.revue-eps.com/fr/essai-de-doctrine-du-sport\\_a-1401.html](http://www.revue-eps.com/fr/essai-de-doctrine-du-sport_a-1401.html). Acceso: 10 de diciembre de 2017.
- Holbach, B. (2010). *Essai sur l'art de ramper a l'usage des courtisans*. Paris: Allia.
- Hollande, F. (2012). *Discours sur le sport, Créteil, 11-02-2012* (en línea), <https://www.dailymotion.com/video/xok2qf>. Acceso: 12 de diciembre de 2017.
- Klein, E. (2012). *Physique et mental. Philosophie Magazine*, 65, diciembre 2012/enero 2013.
- Lamoure, Ch. (2007). *Petite Philosophie du marcheur*. Toulouse: Milan.
- Lapeyrère, J. (2006). *Éloge du coureur*. Marseille: Al Dante.
- Le Breton, D. (2000). *Éloge de la marche*. Paris: Métalié.
- Le Breton, D. (2013). *Tout marcheur se sent passionnément vivant. Le Figaro*, 10 de junio de 2013, p. 14.
- Le Breton, D. (2017). *Reencontre avec David Le Breton: “la marche c'est jubilatoire”* (en línea), <http://www.oopartir.com/rencontre-avec/david-le-breton-randonneur-elogue-de-la-marche,1-250.htm>. Acceso: 10 de diciembre de 2017.
- Le nouvel observateur.com*, 23 de octubre de 2012 (en línea), <http://leplus.nouvelobs.com/contribution/667338-dopage-nicolas-sarko->

- zy-a-t-il-protege-lance-armstrong.html. Acceso: 14 de diciembre de 2017.
- Lefebvre, H. (1968). *La vie quotidienne dans le monde moderne*. Paris; Gallimard.
- Londres, A. (2008). *Les Forçats de la Route*. Paris, Arléa.
- Marcuse, H. (1981). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Marx, K. (1975). *Le Capital. Critique de l'économie politique, livre premier: le développement de la production capitaliste*. Paris: Editions Sociales.
- Marx, K., Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Nizan, P. (1998). *Les Chiens de garde*. Marseille: Agone.
- Olivier, J.-P. (2006). *Le Tour de France: Lieux et étapes de legende*. Paris: Flammarion.
- Paccalet, Y. (2000). *Le Bonheur en marchant*. Paris: Jean Claude Lattès.
- Pointu, R. (1979). *42,195 km. Grandeurs et misères des marathons olympiques*. Paris: Seuil.
- Poussin, A., Tesson, S. (1996). *On a roulé sur la terre*. Paris: Robert Laffon.
- Rufin, J.-Ch. (2013). *Immortelle Randonnée. Compostelle malgré moi*. Paris: Guerin.
- Solnit, R. (2004). *L'Art de marcher*. Arles: Actes Sud.
- Spinoza, B. (2011). *Ética, III et IV*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tarde, G. (1993). *Les lois de l'imitation*. Paris: Kimé.
- Thomas, R. (dir.) (2010). *Marcher en ville. Faire corps, prendre corps, donner corps aux ambiances urbaines*. Paris: Éditions des Archives Contemporaines.
- Vitoux, F. (2007). Le vélo en ville. En Garcin, J. (dir.), *Nouvelles mytologies*. Paris: Seuil.

#### NOTA BIOGRÁFICA

**Jean-Marie Brohm** es profesor emérito de Sociología en la Université de Montpellier III. Iniciador de la Teoría Crítica del Deporte en Francia a mediados de la década de 1960. Dirigió la revista *Quel Corps?* de 1975 a 1997. Así mismo es miembro del comité científico de la revista *Quel Sport?* desde su fundación en 2007. Ha publicado recientemente *Théorie critique du sport. Essais sur une diversion politique*, Alboussière, QS? Éditions, 2017.

**Fabien Ollier** es director de la revista *Quel Sport?* desde 2007. Máster en Filosofía y profesor de educación física y deportiva en enseñanza media. Es autor de *Idéologies nouvelles du corps. Le corps mystifié*, Alboussière, QS? éditions, «Horizon critique», 2017. Junto a Jean-Marie Brohm ha publicado *L'Idéologie sportive. Chiens de garde, courtisans et idiots utiles du sport*, Paris, L'échappée, «En finir avec», 2014.

